

CAPÍTULO II

EL PUEBLO JUDÍO BAJO EL DOMINIO ROMANO

Pompeyo, César, Casio, Marco Antonio

Pompeyo marchó de Judea (62 antes de J.C.) habiendo llevado a cabo los cambios políticos más enormes, pero respetando el orden religioso. Palestina formará parte a partir de ahora de la provincia de Siria y seguirá sus destinos. Pompeyo dejó como gobernador a Emilio Scuario. Judea no le ocasionó ningún conflicto. La adulación oriental prestaba homenaje a aquel poder gigantesco. Las ciudades les erigían estatuas y los tomaban por patronos. El reino nabateo era el único bastante fuerte para enfrentarse a Roma. Scuario venció a Harett III, y aquella victoria figura en las monedas de la *gens Emilia*, pero el honor se lo atribuyó Pompeyo.

Gabinio, procónsul en 57-55, tuvo más trabajo en Judea. Era adictísimo a Pompeyo, y, como éste tenía la manía de hacer cosas grandes. Dividió el país en distritos judiciales, cuyas capitales eran Jerusalén, Gezer, Amatus, Jericó y, en Galilea, Seforis. Los judíos consideraron progresiva esta organización. Gabinio recorrió Palestina y mandó restaurar las poblaciones destruidas por el fanatismo asmóneo volvieron a restaurarse algunas que llevaban treinta y cuarenta años desiertas. Gabinio fue famoso por sus creaciones en una época en que el saqueo de provincias era cosa corriente, y gobernó siempre como hombre ilustrado. Fue el restaurador de Palestina, y gracias a él se remedió la obra nefasta de los asmóneos. El pueblo gozaba de completa libertad religiosa, pero no podía ya cometer asesinatos sagrados. Se le arrebató la pena de muerte, a lo menos en materias religiosas. Los judíos ilustrados fueron los primeros en reconocer la grandeza y esplendor de la administración de Gabinio.

Sin embargo, no habían terminado los males que atrajo sobre Palestina la dominación asmónea. Pompeyo había tratado con mucha blandura a Aristóbulo y a su familia, probablemente por haber recibido dinero de ella. En el viaje a Roma logró incorporarse a él Alejandro, hijo de Aristóbulo (63). El año 57 reapareció en Judea, entró en Jerusalén y expulsó a Hircano. Gabinio mandó contra él a su teniente Marco Antonio tan célebre después. Secundado éste por Antipater el escalonita, derrotó a Alejandro cerca de Jerusalén y le obligó a encerrarse en Alexandrium. Perdido estaba, pero su madre, pensando en su marido y en sus demás

hijos, que estaban como rehenes en Roma, fue a buscar a Gabinio, y recorriendo probablemente a los argumentos que siempre le convencían, hizo que se conformara con la destrucción de las tres grandes fortalezas asmóneas: Hircano, Machero y Alexandrium. Hircano volvió a Jerusalén y tomó de nuevo posesión del pontificado.

Algo más tarde consiguió Aristóbulo huir de Roma con su hijo Antígono y volver a Judea. Derrotado por los romanos, fue a Machero, donde fue cogido. La conducta de Gabinio en aquella situación fue sorprendente, pero pidió al Senado que permitiera a los hijos de Aristóbulo residir en Judea. Había prometido a su madre dejarlos en libertad. No se concebiría, si no hubiera interesado al procónsul, que gustase de conservar en el país la guerra civil, como haciéndolo adrede.

Antipater se encaminó mejor que los príncipes asmóneos para reconstruir la monarquía de Judea. Se hacía humilde servidor de los romanos y buscaba todos los medios para demostrarles el partido que se podía sacar de los judíos, sabiendo hacerlo. Al realizar Gabinio su excursión a Egipto, le proporcionó víveres en abundancia, y consiguió que los judíos establecidos alrededor de Pelusia guardaran la entrada de Egipto y se aliaran con los romanos.

Cuando Gabinio volvió a Judea, habiendo devuelto el trono a Tolomeo Auletes, encontró el país sublevado por las excitaciones de Alejandro. Las fuerzas romanas habían tenido que salir de Jerusalén y se habían refugiado en el monte Garizim, donde las tenía bloqueadas Alejandro. Antipater trató inútilmente de intervenir. Alejandro fue derrotado completamente en la llanura del monte Thabor. Parecía llegado el momento de acabar con él, pero habían terminado los poderes de Gabinio, que volvió a Roma a fines del 55, para declarar en la causa que se le formaba y a cuyas consecuencias le costó gran trabajo sustraerse.

Fue su sucesor Licinio Craso (54-53), que empezó con tremendos saqueos. Despojó al templo de Jerusalén de sus revestimientos de oro para sufragar los gastos de la guerra contra los partos. Bien conocido es el desastre del 53. Salvado Casio de las flechas de los partos, sustituyó a Craso. Cuando llegó a Judea, aún ardía todo. Pitolas, partidario de los asmóneos, había sublevado a Galilea, y se había encerrado en Tariquee, a orillas del lago de Jenezareth, con un ejército bastante considerable. Pitolas y todos sus partidarios fueron muertos por consejo de Antipater, cuya fortuna iba creciendo.

Con motivo de captarse las simpatías de sus compatriotas, se había casado con una idumea llamada Cypros, de una familia noble.

Casio trató con Alejandro, que fue a vivir en Antioquía. En aquel momento la fortuna de Roma padecía como un eclipse. La guerra civil (49) le producía una debilidad momentánea. Aristóbulo estaba en Roma. César indudablemente, con intenciones secretas hacia Siria, le puso en libertad y le confió dos legiones. Fue envenenado por los partidarios de Pompeyo, y su cuerpo se conservó en miel, hasta que Antonio lo envió a Judea y lo mandó enterrar en las tumbas regias.

Una vez alborotaron a Pompeyo los designios que respecto a Siria creyó entrever en César. Alejandro en Antioquía podía originar conflictos y Pompeyo le mandó cortar la cabeza. Antígono, hijo pequeño de

Aristóbulo, estaba en Ascalón con su madre. Aquella familia destronada conservaba cierto prestigio. Alejandra, la más joven de las princesas, poseía una extraña belleza. Tolomeo, hijo de Menneo, tetrarca de Antilibano, mandó a Ascalón a su hijo Pilipión, para apremiar a la reina anciana a que le confiase a Antígono y a sus hijas, declarando que les daría su protección.

Filipión se enamoró de Alejandra y se casó con ella. Al ver su padre a Alejandra, experimentó el mismo sentimiento y mandó matar a su hijo para casarse con la nuera.

El combate de Farsalia (48 antes de J.C.) no transformó esencialmente el aspecto de las cosas en Judea. Antipater se convirtió en amigo adicto de César, como lo había sido de Pompeyo. Luchó enérgicamente por él, tomó a Pelusia y decidió a los judíos del país, además, a favorecer a los romanos, presentándoles cartas del sumo sacerdote Hircano. César lo declaró amigo suyo. Además César fue a Siria el año 47 y lo arregló todo de manera soberana. Antipater obtuvo el derecho de ciudadanía en Roma y exención completa de impuesto. Antígono creyó el momento propicio para defender sus derechos, pero César no le hizo caso. Hircano fue confirmado por última vez en el pontificado con título de tetrarca y Antipater fue nombrado procurador de Judea.

La amistad de César era título demasiado precioso para que los judíos no pensasen en sacar partido de él, y explotaron aquella amistad, más efectiva que la de Alejandro.

Exceptuando Palestina, también fue César favorable a los judíos. Como hombre de amplios pensamientos, era defensor de la libertad de conciencia, y si hubiera vivido, habría evitado las persecuciones que desde la época de Tiberio inclinaron al gobierno central a dar demasiada preponderancia al culto romano. Confirmáronse los privilegios a los judíos de Alejandría y el libre ejercicio del culto judío se estipuló en las principales ciudades del Asia Menor. Todos los judíos querían al dictador, y le echaron de menos al perderle.

Antipater, a partir de su nombramiento de procurador, obró sin duda como verdadero soberano. De acuerdo con el gran sacerdote Hircano, encantado en el fondo de un estado de cosas que creía iba a dejarle descansar, levantó los muros de Jerusalén y nombró a su hijo Fasael gobernador militar de la ciudad y a su otro hijo Herodes (que entonces tenía veinticinco años) prefecto de Galilea. Un bandido, seguramente fanático, llamado Ezequías, asolaba el Norte de la provincia, Herodes logró exterminar su cuadrilla. Fasael, por otra parte, se granjeó las simpatías de los jerosolimitanos. La familia idumea sustituía decididamente a la asmónea en la función de restablecer el orden. Las personas acomodadas, contrarias al fanatismo, les defendían. A Antipater le trataba ya el pueblo como a un rey.

Comenzó entonces a estallar el odio de los fariseos y de los fanáticos. Reprochaban a Hircano sus debilidades con un enemigo de Israel, cuyo plan declarado era suplantarlo a la dinastía nacional. La buena acción de Herodes, supresor de Ezequías y su gavilla, se llamó crimen, porque no se podía matar a un hombre, aunque fuera criminal, sin sentencia del Sanhedrín. Las madres de las víctimas iban diariamente al templo a ro-

gar al pontífice para que el tribunal sagrado juzgara los actos de Herodes. Herodes autorizó la causa, que bien sabía que iba a ser irrisoria. El Sanhedrín tuvo miedo. Sólo Schemayah se declaró contra Herodes y anunció a sus colegas que algún día pagarían cara su debilidad. Herodes no le guardó rencor y le colmó de honores cuando fue rey.

Realmente, estas contiendas orientales eran independientes de los grandes sucesos que conmovían al mundo. Ni el asesinato de César (15 marzo 44), ni la batalla de Filipos influyeron gran cosa en lo que sucedió en Judea. Antipater y Herodes, amigos siempre del vencedor, obtuvieron ventajas con todos los regímenes, pero el pueblo padecía horriblemente. Casio exigió de Judea un tributo de guerra de 700 talentos, 100 de los cuales debía pagar Galilea. Herodes fue el primero en obtener la cantidad correspondiente a su provincia. Los otros ingresos costaron trabajo. Hubo que vender como esclavos a los epimeletas encargados de la cobranza. Cuatro ciudades, imposibilitadas de pagar, fueron sentenciadas a la servidumbre. Para calmar el descontento de Casio, Hircano suplicó a Antipater que pagara 100 talentos que faltaban. En cambio fue nombrado Herodes prefecto de Celesiria. Casio le prometió hacerle reconocer rey de Siria cuando finalizara la guerra con los triunviros.

Mientras, Antipater fue envenenado en circunstancias que no han sido aclaradas. Ya entonces Herodes, casado con Doris, de la que tuvo un hijo llamado Antipater, era prometido de Mariana, nieta de Hircano. Este casamiento que le unía a la familia real caída, favoreció mucho su fortuna, y luego se verá que fue el origen de todos sus crímenes. Antigono promovió una sublevación con auxilio de Tolomeo, hijo de Maneo y de Marión, tirano de Tiro. Herodes le venció, y tanto Hircano como el pueblo de Jerusalén le dedicaron coronas, aunque Herodes no pudo impedir que Manón se apoderara de cierta parte del territorio galileo.

La batalla de Filipos (42 antes de J.C.) fue el motivo de que Herodes cambiara de partido otra vez. Fue tan amigo de Octavio y de Marco Antonio como lo había sido de Pompeyo y Casio. Antonio, desde la batalla de Filipos, fue en cierto modo emperador de Oriente. Su sistema consistió en nombrar reyes y tetrarcas en las diferentes provincias para el cobro de contribuciones, que era lo único que le importaba. Al pasar por Bitinia, una embajada judía le entregó una acusación formal contra Fasael y Herodes. Pero ya no tenía que formar opinión Antonio, pues había recibido de Herodes regalos espléndidos. En Éfeso le pidió Hircano que liberara a los judíos vendidos por Casio y que devolviera el territorio tomado por Marión. Consintió Antonio, haciendo resaltar la diferencia entre su modo de obrar y el de Casio. En Dafne recibió nueva embajada de los judíos, a la cual contestó irónicamente, confiriendo el título de tetrarcas a Fasael y a Herodes, y encargándoles por decreto la administración de Judea. En Tiro recibió otra embajada judía, que acabó con una matanza. Todo lo que el partido judío hacía contra Herodes, acrecentaba la fortuna de éste. Era el hombre necesario para Antonio. Será rey.

Después de un año de estar en Egipto volvió Antonio a Italia, donde

se repartió el mundo con Octavio y creó numerosos reyes: Darío en el Ponto, Amintas en Pisidia, Polemón en Cilicia. Aquellos reyes, a manera de kedives, eran poco estimados en Roma, y en realidad eran contratis-tas generales del mundo romano.

Poseedores de las riquezas del mundo, los romanos se entregaron a una venalidad que ni antes ni después fue superada. Los romanos de aquel tiempo eran gigantes, pero gigantes dominados por deseos, codiciosos, voluptuosos. Con el oro que corrió a puñados, aquellas voluptuosidades nuevas les producían vértigos. Italia era primitivamente un país pobre, y la vida allí, triste y austera. La vida griega, sencilla y encantadora, no era vida de opulencia. Asia, más rica y suntuosa, cambió todos aquellos orígenes. Se conoció el lujo. Los generales romanos se dejaron vencer por los encantos de una existencia desenfrenada. Antonio, sobre todo, se convirtió en un verdadero idiota. Aquel hombre, incomparable en las batallas, parecía haber perdido la razón. Su itinerario, durante diez años, no tuvo sentido común. Era aquello un completo abandono.